

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 22 JUNIO DE 1913.

NÚM. 423.

Del Día

Ya nadie se preocupa del horroroso crimen que por espacio de una quincena llenó columnas y planas enteras, de todos los periódicos de España. A estas horas nadie se acuerda de Sánchez ni de Jalón.

La atención general está fija en la guerra que en Melilla sostienen nuestros hermanos con las agarenas y feroces huestes de los Muley; con esas hordas que si tuvieran dirección sabia y armamentos á la moderna, por su fe en la idea, por su valor salvaje, llegarían a domeñar, no España, si no al mundo entero.

Los que tienen algún ser querido en el campo de batalla, no encuentran hora de paz ni punto de sosiego, y doblemente padecen y sufren y vierten raudales de amargo llanto, si son pobres: ¡Que la pobreza y la desgracia son hermanas gemelas, que van inseparablemente unidas por el mundo!

Nosotros no hemos de censurar ni de aplaudir las guerras; y si bien somos altamente partidarios del pacifismo, estimamos que la guerra es *necesaria* en muchos casos; estimamos que la guerra es *justa* algunas veces.

¡Melilla!.....; Tetuan!.....; Ceuta!...

¡Cuánto dinero nos cuestan esos nombres desde los años 1868 y 69, hasta el día! ¡Cuánta sangre española fertilizó aquel ingrato y duro suelo, desde que lo hollaron con su planta los O' Donnell, los Prim, los Echagüe y los Ros de Olano, entre otros!

Los salvajes africanos, siempre en las sombras, y prevalidos de conocer el terreno, matan villanamente á nuestros soldados, hermanos nuestros, llenos de arrojo y de probado valor; cobardemente asesinan á los que no se atreven á combatir cara á cara, aun lle-

vando la superioridad en el número.

¡Dios quiera que la guerra termine pronto, para tranquilidad de esas madres, que no duermen; de esas esposas, que no viven, de esos hijos, que no comen!

Y, nosotros, los españoles, al par que leemos, con avidez los combates de nuestro brillante ejército y nos lamentamos de las bajas que sufre, y entonamos un himno á los héroes que sucumben en el campo de batalla, no apartamos nuestra atención de la alternativa del *Posadas*, ó de la cogida que tuvo el fenómeno de la taumáquia: el gran Belmonte.

Y, los ricos, que no tienen hijos en el Rif, defendiendo al suelo patrio; esos seres que van de dicha en dicha, de goce en goce y de alegría en alegría; los ricos para los que no nacieron las penas, ni viven los duelos, ni tienen la visita de privaciones y penurias, esos, preparan equipajes, lujosos trenes, numerosas servidumbres..... y repletando de billetes sus perfumadas carteras, emprenden á las frescas playas su viaje, para separar sus cuerpos del calor caliginoso del verano, y sus mentes de lo que pueda atormentarlas, con lo que produzca el más ligero pesar.

¡Sufrir, padecer, llorar....! Quedo eso para los abandonados de la Suerte, para los no favorecidos por la Fortuna, para aquellos en quienes con fiera saña se ceba el hado adverso de la Ruina y de la Miseria.

A muchos de estos señores que no tienen esposa, ni hijos, que son multimillonarios, que dan propinas de dos duros al camarero que les sirve un baso de cerveza, que pagan cincuenta pesetas por el pupilaje en la fonda diariamente, que dan unos cientos de pesetas por el alquiler del automóvil que á la playa los lleve, que en las carreras de caballos dejan correr su dinero, como agua; estos, se sienten molestados por que un pobre le recitere su petita de un *perro chico*, alegandoles que no han comido en todo el día.

Las playas clásicas de San Sebastián, de Santander, de Biarritz, de Espinho, y San Juan de Luz etc, se ven atestadas de los que a ellas van á dejarse el dinero, á cambio de grandes comodidades, de diversiones, de alegrías.....

Qué importa que mueran los soldados en Tetuán, si el caballo *Spanio* ganó la carrera de obstáculos y si *Machaquito*, dió una media en su sitio, que le valió una ovación tan justa como merecida y si la *Chelito* cantó el ¡*Tápame, ¡Tápame!* con una dulzura *non plus ultra*.

«El que siente fatigas con esas *pequeñeces* allá se las entienda; porque el vivir es corto y no hay que atormentar estos cuatro días. ¿Quién sabe lo que al otro lado de la tumba nos aguarda?»

Así se expresan los que se alejan del pesar, y no sabemos como calificarlos. Desconocemos si son dichosos ó si son desventurados. Tal vez no sean lo uno ni lo otro, y, por tanto, es seguro, que ocuparán puesto señalado en el *Limbo*.

Y no faltará quien me pregunte: «Si te vieras, tú, *escribidor*, con dinero bastante para cubrir esos gastos, irías á Biarritz, ó San Sebastián; sumergerías tu cuerpo en las playas de Espinho, y dejarías tu dinero en las taquillas de las carreras de caballos, ó en las corridas de toros, olvidándote de tus hermanos que mueren en Tetuan y demás campos africanos, a manos de los salvajes agarenos?»

Y ante esta pregunta, suspenso quedo, y despues de reflexionar sobre la pregunta hecha, de poner mi mano sobre el corazón y de sentirme sincero, respondo, aunque con ésto merezca el más duro adjetivo:

Sería un poblador más del *Limbo*.

¡¡¡Así es la vida y así somos los hombres!!!

R. M.^a CAPDEVILA.



La Sillida del Acedueto

Poema Romántico

por

J. A.

CANTO IV

Los Libres.

Cantó el remero, y á las auras puras
Morado pal ellón saltó al instante.
Despidiendo en sus manos un mosquito
Súbito trueno.

A la señal de la explosión, vagando
Por la desierta playa, algunos hombres
Aparecen cual sombras del Leteo,
Hórridas, tristes:

Que con silencio sepulcral camisan
Hacia do albergue y retirado abrigo,
Bajo techo pajizo les ofrece
Miseria choza.

Puesta sobre el hogar, iluminaba
La estancia reducida, con su llama,
Por el humo importuno interrumpida
Avida tea;

Y en la pared opuesta dibujaba
La sombra, con sus rasgos abultados;
Seis cuerpos, y semblantes diferentes,
Tétricos todos.

Mientras que absorben de cargadas pipas
El humo apotecado, tosen, luego
De este modo uno de ellos el silencio
Fúnebre, rompe:

«Escuchad hombres libres: la ponzoña
De pisada culebra ó basilisco
Destruyendo las fuentes de la vida
Deja en el corazón muerto y conflictivo:
Más mi pecho veneno no conoce
Más infernal, más duro y más activo
Que aquel de la traición, en vaso de oro
Propinado por manos de un amigo:
Y si la sangre del traidor no apaga
La sed que en mi interior ha producido,
En la angustia mortal funestos días
Apuraré las heces del martirio.
Sabéis que Jaime Ortiz, que alto renombre
De celestial candor ha merecido,
A los libres, por ley del juramento
Más justo y más sagrado, estaba unido.
Mas no sabía que pérfido, perjuro,
El aire libre de gozar, indigno,
Cavó nuestro sepulcro ignominioso.
Y á todos nos prepara el precipicio.
Nuestros nombres infiel ha revelado
Al tirano del Turia cristalino,
Y en tu favor, ¡Oh libertad amada!
Ya le son nuestros planes conocidos,
Yo que tengo valor, patria querida,
Para arrostrar por tí duros peligros,
Despreciar los cadalsos horribles,
Y apurar el rigor de los suplicios.
Carezco de él para sufrir la afrenta
Del apóstata vil, que me ha vendido,
Y hasta que mi puñal en pecho abra
No puede respirar el pecho mío.
Si con mi muerte he de comprar la tuya,
Rogad y dividid, que sólo pido
Que mis ojos en sangre del malvado
Se fijen, antes de cerrarse fríos

